

LA LEYENDA DEL IRAGO

JOAQUIN JOSE DE PAZ

Cuentan los lugareños de la zona del Monte Irago (Foncebadón, Manjarín, Labor de Rey, etc.) que antaño, "cuando los moros", llegó un caballero a sus predios. Este es el relato:

Don Simón Alvar era su nombre. Venía de la Corte de León. Enamorado perdidamente de una de las princesas, desprovisto del favor real, con una tupida cota de malla por vestido y sin más compañía que su vieja y mellada espada, decidió afrontar la lucha contra las huestes sarracenas.

Llegó a Astorga, se postró en oración ante el altar de San José (no quedan restos de esta capilla), lloró sus penas de amor abandonado. En tal guisa estaba cuando divisó un fuerte resplandor.

El rostro, espantado ante el fulgor que desprendía la imagen de Nuestra Señora de Castrotierra, vió secar sus lágrimas. Entusiasmado, preguntó:

- ¿Quién sois Señora?

- Soy la Virgen de Castrotierra, y vengo a consolar tu aflicción- respondió la Virgen.

- ¿Qué haré Madre?, interrogó meditabundo Don Simón.

- Seguirás el Camino de Santiago, conseguirás una gran victoria y así recuperarás tu amor por medio del perdón real.

Se santiguó, incliné su cuerpo a modo de despedida y con redoblados sentimientos de cariño y furia prosiguió el tránsito por el Camino Real,

preguntándose a cada paso cómo sería posible que él, sólo y casi desarmado, pudiera conseguir una gran victoria sobre los aguerridos africanos.

Avanzando lenta y penosamente, con la Vía Láctea como único faro nocturno y el sol, abrasador guía diurno,

se despojó de la cota de malla (quería morir presto y con honor), y clavó la espada en tierra; se arrodilló, encomendó su alma a Dios sin cejar de preguntarse el porqué de la ausencia del virginal socorro.

Al levantar los ojos al cielo y,



El pueblo de El Acebo ambientado en época medieval.

iba aproximándose a las cercanías de Rabanal, donde se informó del paso por el lugar de un poderoso ejército árabe.

Con estas y otras acabó llegando a Manjarín donde, aterrado, pudo corroborar las informaciones obtenidas en Rabanal, al divisar ante sí una numerosísima mesnada agarena.

Desesperado y presa del pánico

avistando más de cien enemigos armados hasta los dientes, se vió morir.

De pronto, un relámpago en las cercanas cumbres del Teleno iluminó los petos y cotas de Cartago; el sonido de las cuernas de guerra quedó apagado en el estruendo. Mientras, los soldados de Alá trataron de avanzar hacia él. Los gritos de caos y alaridos bélicos cesaron, se convirtieron en lamentos de sorpresa y horror. Los enemigos de hace instantes, son, ahora, inmóviles estatuas de hierro.

Don Alvar levantó su espada y decapitó a todos los guerreros; amontonó sus cuerpos y, sobre estos, sus cabezas. Los cubrió con una capa de piedra formando un elevado montículo sobre el que colocó su espada, con amor y reconocimiento, a modo de cruz. Miró al alto, dió gracias y, desfallecido, emprendió el camino de vuelta a la corte.

Hoy, a este montón de piedras, le llamamos *Cruz de Ferro*.



Miniatura del Códice Calixtino.